

EL ‘NUEVO MÉTODO’ DE MAQUIAVELO

Carlos E. Miranda
Universidad de Chile

R Aunque *El Príncipe* es el más famoso y más conocido de los libros de Maquiavelo, es en los *Discursos sobre los primeros diez libros de Tito Livio* donde su pensamiento político puede ser estudiado y comprendido mejor. La principal razón de ello es que en los *Discursos* Maquiavelo no tiene las limitaciones que había tenido al escribir *El Príncipe*, obra dedicada, como se sabe, a un príncipe real, Lorenzo de Médicis. En los *Discursos* Maquiavelo puede hablar más abiertamente —y de hecho lo hace— porque este libro fue escrito como un regalo a dos hombres, Zanobi Buondelmonti y Cosimo Rucellai, quienes a pesar de no ser realmente príncipes, “merecerían serlo”, a juicio de Maquiavelo, debido a sus múltiples virtudes. Así pues, los destinatarios de los *Discursos* son dos hombres apreciados por Maquiavelo que lo han forzado con sus peticiones de escribir lo que por propia iniciativa, según dice el florentino en la Epístola Dedicatoria, “jamás hubiera escrito”. Si se ha decidido a hacerlo es debido a la estimación que le inspiran y a las obligaciones que Maquiavelo reconoce tener con ellos.

A partir de estas consideraciones parece legítimo esperar que se justifique la expectativa de los lectores de que Maquiavelo dirá realmente en esta obra todo lo que él sabe y ha aprendido a través de su larga experiencia y su constante estudio de los asuntos políticos, y que lo hará de la manera más honesta y sincera al no tener ahora las restricciones y temores que él pudo tener cuando escribió *El Príncipe*. Siendo además los *Discursos* el producto del afecto y agradecimiento que sus destinatarios directos inspiraban en Maquiavelo, es posible asegurar que esta obra constituye la mejor manifestación del verdadero pensamiento político de Maquiavelo.

Ahora bien, Maquiavelo ha sido considerado como el inaugurador de la filosofía política moderna, como el primero en intentar una transformación radical en el estudio de la política al haber intentado realizar un análisis “científico” de ella abandonando las pretensiones normativas de la filosofía política clásica. El propio Maquiavelo expresa en el prefacio del libro I de los *Discursos* —que en realidad es el prefacio de toda la obra— su decisión de

inaugurar un nuevo camino, una nueva manera de pensar acerca de los asuntos políticos. Por lo menos a primera vista esta pretensión de Maquiavelo parece extremadamente paradójal. En efecto, el modelo que él elige para inaugurar su nuevo método está tomado de la historia de la antigua Roma; por lo tanto, lo que él hace es volver al pasado. Sin embargo, es esta vuelta al pasado el medio utilizado por Maquiavelo para romper con la tradición e iniciar algo nuevo. ¿Pero acaso este procedimiento no implicaría, más propiamente una restauración de algo viejo que la inauguración de algo nuevo? y si así fuera ¿acaso no sería injusto o por lo menos desproporcionado considerar a Maquiavelo el iniciador de la filosofía política moderna entendida como algo diferente de la filosofía política clásica?

Ya en la Epístola Dedicatoria de los *Discursos* Maquiavelo expresa su intención de romper con la tradición al manifestar que esta vez se apartará de la costumbre de los escritores de dedicar sus trabajos a algún príncipe. Esta práctica, que al propio Maquiavelo había seguido con su *Príncipe*, obliga a los autores a elogiar al príncipe por todas sus supuestas virtudes en vez de censurarlo por todos sus vicios. Procediendo de esta manera, los escritores no pueden ser completamente sinceros, ya que el respeto o el temor que el príncipe les inspira limita la expresión de sus reales pensamientos. Esta actitud es calificada por Maquiavelo en la Epístola Dedicatoria como un “error” en el que él no quiere caer. Para evitarlo es que dedica este trabajo “no a un príncipe sino a quienes merecerían serlo; no a quien pudiera prodigarle rangos, honores y riquezas, sino a quienes quisieran hacerlo si pudiesen”. Las razones que Maquiavelo da para este cambio respecto de la práctica habitual son que “uno debería estimar a los hombres porque son generosos y no porque tienen el poder de ser generosos, y, de la misma manera, uno debería admirar a los hombres que saben gobernar un reino y no a aquellos que, sin saber cómo hacerlo, de hecho lo gobiernan”.

Este pasaje de la Epístola Dedicatoria es importante porque en él hay una crítica implícita de los príncipes que gobiernan realmente los estados y que frecuentemente carecen de conocimiento para el adecuado cumplimiento de sus tareas. La crítica está basada en el papel que debe jugar el conocimiento en el gobierno de un estado. El énfasis en la necesidad de que los gobernantes tuvieran un firme conocimiento acerca de cómo gobernar había sido un tópico permanente en la filosofía política clásica desde sus inicios en Platón, Maquiavelo sigue a sus predecesores en este punto —como lo hará en muchos otros— pero lo hace con una intención completamente diferente. En efecto, mientras Platón apela a la necesidad de un tipo de conocimiento teórico en vista de fines permanentes, Maquiavelo apela a un tipo de conocimiento práctico en vista de fines inmediatos.

Esta diferente intencionalidad es el primer indicio significativo de la “revolución” maquiaveliana en el estudio de la política. Formalmente, las palabras de Maquiavelo son las mismas que podría haber utilizado Platón. Pero el real significado de ellas es absolutamente diferente. En Platón el conocimiento va asociado a la idea de virtud, entendiéndolo por ésta el bien objetivo y trascendente. El conocimiento de este bien por parte del gobernante llevaría necesariamente a su aplicación en toda circunstancia. Maquiavelo también habla de la virtud y del conocimiento que el gobernante requiere. Pero la virtud y el conocimiento del gobernante maquiavélico se manifestarán en el acto de decidir prudentemente en cada ocasión concreta lo más adecuado para el logro de sus propósitos. Maquiavelo no pretende establecer normas o modelos de carácter universal y permanente, como intentaron hacer los filósofos políticos clásicos. Maquiavelo rompe deliberadamente con todos ellos.

Maquiavelo expresa los propósitos que persigue al escribir los *Discursos* en el prefacio del Libro I. Allí señala que a pesar de los peligros inherentes al descubrimiento de nuevos caminos y métodos, él ha decidido instaurar uno. Pero naturalmente un nuevo camino no puede partir de la nada, y por ello es preciso que algunos elementos del viejo camino sean incorporados al nuevo en orden a que éste puede ser emprendido y posteriormente comprendido. Es por esto que la novedad que Maquiavelo propone en el análisis de los asuntos políticos es el regreso a la antigüedad. Dado que la antigüedad es considerada con enorme respeto en esa época, ella puede proporcionar los elementos comunes con el pasado que el nuevo camino requiere. Sin embargo, Maquiavelo advierte que los modelos que la historia provee son “más admirados que imitados”. Ello se debe, según Maquiavelo, a una generalizada falta de apreciación de la historia, propia de gentes incapaces de comprender la significación de lo que leen. La consecuencia de esta inadecuada o insuficiente comprensión histórica es que no es posible encontrar ni principados ni repúblicas que recurran a la antigüedad en busca de ejemplos. La historia, sin embargo, puede proporcionar muchos valiosos ejemplos de acciones altamente virtuosas acaecidas en antiguos reinos y repúblicas realizadas por sus reyes y sus pueblos. Esos ejemplos son ampliamente admirados, pero nadie piensa en imitarlos. Maquiavelo considera que ésta es una “errada manera de pensar”, y su explícito deseo es apartar a los hombres de su época de ese error. Así entonces, el principal objetivo de Maquiavelo al escribir los *Discursos* es que los hombres que merecen gobernar una república sepan cómo hacerlo, para lo cual ellos deben aprender esas “lecciones prácticas que uno debería tratar de obtener del estudio de la historia”. En suma, el “nuevo camino” propuesto por Maquiavelo se apoya en el pasado y

consiste en revivir la historia. La intención es persuadir a eventuales gobernantes de una república que no sólo deben admirar los modelos valiosos del pasado, sino que además deben tratar de imitarlos.

Pero el “nuevo camino” maquiaveliano tiene otras más profundas implicaciones. En efecto, Maquiavelo introduce una manera enteramente nueva de entender la política al separar la ética de la política y al conectar la política con la fuerza. Y esto él lo hace —quizá no sea éste uno de sus menores aciertos— tratando los mismos temas de la filosofía política clásica y utilizando frecuentemente un lenguaje similar al empleado por aquélla, por cierto que con un significado diferente, cuando no totalmente opuesto. Así, por ejemplo, en los primeros diez discursos del libro I de los *Discursos* Maquiavelo estudia el tema de la mejor forma de gobierno, un tema típico de la filosofía política clásica. Como trataré de demostrar en lo que sigue de este trabajo, la principal innovación de Maquiavelo en el tratamiento de este tema no consiste en la descripción de los diferentes tipos de regímenes políticos o en el diagnóstico de sus males o errores, sino en las evaluaciones éticas que Maquiavelo hace de los hechos históricos. La “virtud” política no aparecerá relacionada en Maquiavelo con el Bien, como ocurría en la filosofía política de Platón, ni con valores trascendentes, como en San Agustín o Santo Tomás de Aquino, sino con la *prudencia* del gobernante, la cual consiste, ante todo, en su aptitud práctica para mantener el poder en sus manos, sin consideración por los medios que él pueda emplear para conseguirlo.

El primer gran tema de los *Discursos* es un tema clásico de la filosofía política tradicional: la mejor forma de gobierno. Maquiavelo lo tratará en los primeros diez discursos del Libro I, y su manera de enfocarlo nos mostrará los alcances del “nuevo método” maquiaveliano.

En el primer *Discurso* Maquiavelo estudia el origen de las ciudades. Estas son construidas o bien por nativos del lugar donde se levantan, o por hombres provenientes del exterior. Nos vamos a detener brevemente sólo en el primer caso, que es el más interesante. Este ocurre cuando los habitantes perciben que no pueden disfrutar de seguridad si están dispersos en muchas pequeñas y débiles comunidades, ninguna de las cuales tiene la capacidad de resistir a un eventual invasor. Así pues, la primera razón para organizar una ciudad es la búsqueda de seguridad y de fortalecimiento, ya que, como agregará Maquiavelo más adelante en el mismo discurso, “la seguridad para el hombre es imposible a menos que esté basada en el poder”.

Ya esta primera consideración nos permite apreciar cómo Maquiavelo se aparta desde el primer momento de la concepción tradicional según la cual el hombre poseía una naturaleza social que lo llevaba a unirse a otros hombres para organizar la vida política, la cual constituía el medio natural

donde el hombre debía desarrollar su existencia. En este sentido, Maquiavelo se adelanta a Hobbes al desconocer esta supuesta naturaleza política del hombre. Este cambio de perspectiva tendrá profundas implicaciones en la historia de la filosofía política, cuya evolución posterior es significativamente alterada con la aparición de Maquiavelo. Los filósofos políticos posteriores tendrán que hacerse cargo, de una o de otra manera, de las nuevas perspectivas en el estudio de la política abiertas por Maquiavelo, lo que traerá consigo el planteamiento de nuevos problemas, o más precisamente, una nueva manera de analizar los problemas característicos de toda sociedad política.

Volvamos ahora al primer *Discurso*. Los hombres no se asocian porque algún impulso natural los conduzca a ello, sino para alcanzar seguridad y un mayor poder contra eventuales enemigos. Es, pues, un interés, la búsqueda de seguridad, la primera causa y el principal fin para la fundación de una ciudad. De ahí que la virtud del fundador, sea éste nativo o extranjero, debe ser juzgada en función de las metas primarias de la ciudad. Esta virtud, según Maquiavelo, se muestra en dos aspectos: en la elección del sitio para levantar la ciudad, y luego en la promulgación de las leyes que la regirán. Este segundo aspecto será relacionado en el siguiente discurso con el segundo fin esencial del estado, a saber, su estabilidad.

El tema del segundo *Discurso* es cuántas clases de estados existen. Maquiavelo inicia el tratamiento de este tema señalando que puesto que las ciudades han tenido diversos orígenes, del mismo modo ellas han tenido diversas leyes e instituciones. A continuación, Maquiavelo establece una distinción entre ciudades felices y ciudades infelices. Feliz es la ciudad en la cual aparece un hombre dotado de tal prudencia que permite que los ciudadanos puedan vivir seguramente bajo las leyes que él ha prescrito y sin que haya necesidad de enmendarlas. Infeliz, en cambio, es la ciudad que no habiendo tenido la fortuna de encontrar un organizador prudente, necesita reorganizarse. Una ciudad será tanto más infeliz cuanto más distante se encuentre del orden que proporciona un buen conjunto de leyes. En otras palabras, la felicidad de una ciudad depende de la estabilidad de sus instituciones, y la estabilidad sólo es posible si el fundador ha sido suficientemente "prudente" para establecer instituciones adecuadas que conduzcan a la ciudad hacia "su perfecto y verdadero destino". Cuando esto no ocurre, la legislación debe ser cambiada, porque se requiere un nuevo orden. Pero esto provoca la infelicidad de la ciudad porque la introducción de un nuevo orden siempre implica peligros, siendo el principal de ellos, como advierte Maquiavelo, que "El estado puede fácilmente arruinarse antes de que el nuevo orden haya alcanzado a ser completamente establecido". Ahora bien, puesto que, de acuerdo con este enfoque, la inestabilidad puede llevar a la destrucción del

estado, la estabilidad aparece como una virtud esencial para la preservación de la existencia misma del estado.

Una vez establecido el papel fundamental de la estabilidad en los asuntos políticos, Maquiavelo comienza su análisis de la “perfección” alcanzada por las instituciones de la Roma antigua. Pero para fundamentar su apreciación, Maquiavelo juzga necesario detenerse previamente en las diversas formas de gobierno que distinguen los que han escrito acerca de estos asuntos. Las tres formas básicas de gobierno son la monarquía, la aristocracia y la democracia. Esta clasificación de tipos de gobierno puede ser ampliada a seis, si se considera que los tres tipos señalados, todos ellos buenos, están expuestos a la corrupción y usualmente duran muy poco en la práctica, de modo tal que pronto se degradan y se convierten en sus contrarios: la monarquía suele convertirse fácilmente en tiranía, la aristocracia en oligarquía, y la democracia en anarquía.

Por cierto, ésta es la clásica clasificación de las constituciones acuñada por Aristóteles. Maquiavelo sigue en este punto muy de cerca el análisis aristotélico de la corrupción de las formas buenas de gobierno, pero su propio análisis es menos completo y menos profundo que el de Aristóteles. La otra diferencia que es posible encontrar entre ellos es la evaluación final que Maquiavelo hace de todas las formas de gobierno. Según él, todas ellas están lejos de ser satisfactorias: las tres buenas debido a que su vida suele ser tan breve, y las tres malas debido a su inherente malignidad. Este comentario prepara la proposición maquiaveliana al respecto, a saber, que la mejor forma de gobierno es una mezcla de los tres tipos buenos, porque en tal caso todos los ciudadanos del estado, tanto los ricos como los pobres, comparten alguna porción del poder y, consecuentemente, todos ellos están interesados en la preservación de la constitución y en la estabilidad del gobierno. Dentro del tal estado, concluye Maquiavelo, habrá más justicia y libertad que en cualquier otra clase de gobierno.

Es preciso señalar, sin embargo, que el logro de la justicia y de la libertad no constituye el fin del estado. La justicia y la libertad, en la concepción maquiaveliana, son valores ciertamente buenos y deseables, pero en último término secundarios. En otras palabras, la justicia y la libertad son solamente medios para alcanzar los verdaderos fines del estado, a saber, seguridad (de acuerdo con lo establecido en el *Discurso 1*), y estabilidad (*Discurso 2*). Ambos fines pueden ser alcanzados cuando cada ciudad, considerando sus propios intereses, desea impedir todo cambio. Así entonces, las bases de la estabilidad preconizada por Maquiavelo no residen en la existencia real de libertad y justicia dentro del estado, sino en los intereses colectivos de preservar la porción de poder de que todos los ciudadanos disfrutan. Fue la mezcla de

monarquía, aristocracia y democracia la que hizo de Roma, en la visión de Maquiavelo, "una perfecta república", porque allí se garantizó la aludida repartición del poder.

El énfasis de Maquiavelo en la conveniencia de que todos los ciudadanos compartan el poder político ha llevado a muchos comentaristas a sostener que Maquiavelo —por lo menos el Maquiavelo de los *Discursos*— era un partidario de la democracia. Incluso Leo Strauss, el penetrante estudioso de la historia de la filosofía política, cae en esta interpretación¹, a mi entender, completamente errónea. Es cierto que Maquiavelo alaba el sistema democrático que se estableció en Roma; es cierto que elogia la libertad y la justicia que allí imperaron. Pero, como ya señalé más arriba, en el pensamiento de Maquiavelo la libertad y la justicia son sólo valores secundarios, medios para alcanzar los verdaderos fines del estado que son la seguridad y la estabilidad. La real concepción y valoración maquiaveliana de la libertad y la justicia quedan claramente manifestadas en los siguientes discursos. En el *Discurso 3*, Maquiavelo escribe: "...Quien funda un estado y establece sus leyes debe suponer que todos los hombres son malos y que ellos estarán siempre dispuestos a emplear la malignidad natural que hay en sus mentes cuando la ocasión se los permita". Y luego agrega que "los hombres nunca hacen el bien a menos que la necesidad los obligue a ello". De acuerdo con esta concepción de la naturaleza humana, es obvio que Maquiavelo no pudo ser, sin contradecirse gravemente a sí mismo, un fuerte y convencido sostenedor de la libertad. De hecho, más adelante en el mismo tercer *Discurso* Maquiavelo dice que demasiada libertad conduce a la confusión y al desorden, y a partir de allí él establece la necesidad de una legislación porque sólo "las leyes hacen a los hombres buenos". Pero toda ley, por ello mismo, implica necesariamente algún grado de restricción de la libertad. Maquiavelo admite, hacia el término del discurso, que las leyes son innecesarias cuando los hombres actúan bien sin obligación legal, pero agrega que cuando no es éste el caso, las leyes son "indispensables". Caben pocas dudas respecto de que la convicción de Maquiavelo es que las leyes serán siempre indispensables en toda sociedad política, y que, por lo tanto, la libertad no puede sino ser restringida.

Esto no significa, por cierto, que Maquiavelo sea un defensor de la tiranía. ¿Quién podría defender tal sistema de gobierno? El desea, como todos, el

¹Leo Strauss, *Thoughts on Machiavelli* (Chicago: The University of Chicago Press, 1958). Véase también del mismo autor, "Niccolo Machiavelli" en Leo Strauss y Joseph Cropsey (eds.), *History of Political Philosophy*. (Chicago: The University of Chicago Press, 2ª ed. 1973).

máximo de libertad. Pero él desea la libertad no como un bien en sí mismo, sino como un medio para alcanzar los fines últimos del estado.

En el *Discurso 5*, Maquiavelo examina en qué manos es mejor colocar el resguardo de la libertad: en las de la nobleza o en las del pueblo. De acuerdo con la razón, “el resguardo de cualquier cosa debe ser colocado en las manos de quienes están menos deseosos de apropiársela para su propio uso”. En el *Discurso 4*, Maquiavelo había establecido que las demandas de la plebe rara vez resultan peligrosas para la libertad porque la gente común no desea oprimir sino tan sólo no ser oprimida. Por el contrario, en la nobleza siempre “hay un gran deseo de dominar” (*Discurso 5*). De modo pues que lo razonable es suponer que en orden a preservar la libertad es más seguro entregar el resguardo de ella al pueblo porque tomará más cuidado de salvaguardarla, y porque siendo imposible para él usurpar el poder, no permitirá que otros lo hagan. Sin embargo, el propio Maquiavelo se hace cargo de que es posible argumentar en el sentido opuesto, esto es, sostener que el lugar más adecuado para el resguardo de la libertad está en las manos de los poderosos porque de esa manera se satisface su ambición y consecuentemente permanecerán más tranquilos, y porque así se previene que las mentes de la plebe adquieran el sentido del poder, “el cual es causa de interminables perturbaciones y problemas en una república” (*Discurso 5*).

El pasaje es importante. En él queda claramente de manifiesto que Maquiavelo está bastante lejos de ser un apologista de los derechos del pueblo. Si él ha propugnado una mezcla de sistemas que abre la posibilidad a que la plebe comparta con la nobleza el poder, no lo ha hecho porque le preocupa realmente la suerte del pueblo, sino meramente para evitar luchas por el poder que puedan eventualmente desestabilizar la república. El confiesa al término de su análisis que “aún permanece dudoso acerca de quiénes deben ser seleccionados como los guardianes de la libertad, porque es imposible decir con seguridad cuál de las dos disposiciones que encontramos en los hombres es más dañina en una república, si la de quienes buscan conservar una ya establecida posición o la de quienes, careciendo de tal posición, buscan adquirirla” (*Discurso 5*).

La “imparcialidad” que Maquiavelo muestra en el tratamiento de este tema revela que, en su concepción, la libertad no es en sí misma un buen fin del estado sino un medio para preservar su poder y estabilidad. “Cada ciudad —dice Maquiavelo— debe proveer los medios para que el pueblo pueda manifestar sus aspiraciones, especialmente en aquellos asuntos importantes en que se valen de él” (*Discurso 4*). Pero esta preconizada libertad del pueblo no es una materia de principios sino de estrategia política, de manejo “prudente” del poder.

Lo mismo sucede con la justicia. Maquiavelo se apoya en el ejemplo de Esparta en donde la mejor manera de mantener la posición de los reyes que estaban amenazados por los nobles fue "proteger al pueblo de la injusticia" (*Discurso 6*). El ejemplo es elocuente. No era porque la justicia fuera una virtud que debía estar presente en la sociedad espartana, sino porque los reyes de Esparta pensaron que protegiendo al pueblo de la injusticia su propio poder podía ser protegido y preservado de la ambición de los nobles.

En los *Discursos 7 y 8*, Maquiavelo enfatiza la utilidad de las acusaciones públicas para la conservación de la libertad en una república y para impedir la divulgación de calumnias proveyendo cauces legales para la resolución de los conflictos entre los ciudadanos. Cuando estos mecanismos legales ordinarios no existen, aparecen métodos anormales que suelen provocar graves desastres en la república. De ahí que nada contribuye tanto a la estabilidad y firmeza de una república como la existencia de alguna institución en donde los cambiantes ánimos que suelen agitar la vida en sociedad tengan vías legales para manifestarse (*Discurso 7*). Una vez más podemos comprobar aquí cuál es la verdadera preocupación de Maquiavelo: la estabilidad y la fuerza del estado. Tal es el fin primario de las instituciones legales propuestas por Maquiavelo en este discurso. Proveer medios justos para resolver las disputas entre los ciudadanos es su fin secundario. Porque, repitémoslo otra vez, la justicia, como todo otro valor, está fuera del campo de interés de Maquiavelo. Esta actitud a-valórica es la que convierte a Maquiavelo en el antecesor más remoto de la ciencia política contemporánea. En esta actitud es donde se concentra el "nuevo método" inaugurado por Maquiavelo, a través del cual rompe con la tradición clásica, e inicia un nuevo camino en la historia de la filosofía política. La expresión más explícita del "nuevo camino" maquiaveliano se encuentra en el discurso noveno.

En el *Discurso 9*, Maquiavelo argumenta en favor de la necesidad de una autoridad única en el proceso de organización o fundación de un nuevo estado. Esta tarea es de tal modo importante que el fundador no puede ser censurado por ninguna acción, "por extraordinaria que sea", que él pueda haber llevado a cabo al organizar un reino o una república. Así, por ejemplo, Rómulo merece ser excusado de la muerte de su hermano porque "lo que él hizo fue hecho por el bien común..." El crimen de Rómulo ciertamente no puede ser calificado como bueno, reconoce Maquiavelo, pero agrega, "las acciones condenables pueden justificarse por sus efectos, y cuando el efecto es bueno, como lo fue en el caso de Rómulo, la acción siempre se justifica".

Esta es la esencia del pensamiento político de Maquiavelo: *el fin justifica los medios*. En esto consiste el "nuevo camino" que él propone en el prefacio de los *Discursos*: entender la política desligada de principios éticos y dirigida

solamente al logro de sus fines: el poder, la seguridad y la estabilidad del estado.

Para alcanzar esos fines, Maquiavelo recomienda que una vez que el Estado ha sido organizado, el fundador debe compartir su poder, porque lo que él ha organizado “no perdurará por mucho tiempo si continúa en los hombros de un solo hombre, pero bien puede durar si muchos se hacen cargo y procuran su mantención”.

Este discurso expresa más claramente que ningún otro cuál es verdaderamente, en la concepción de Maquiavelo, el mejor sistema de gobierno. Este no es la democracia o la aristocracia, como parecería sugerirlo la cita precedente. Si consideramos la alta estima que Maquiavelo manifestara por los fundadores en el *Discurso 10* y si esto lo ligamos a su defensa de las peores atrocidades que el monarca fundador puede cometer en el proceso de organización de un nuevo estado, como vimos más arriba, podemos deducir que sus preferencias se inclinan decididamente por la monarquía, si no simplemente por la tiranía.

Examinemos brevemente el *Discurso 10*. Maquiavelo lo inicia señalando que los hombres deber ser alabados o censurados no por sus intenciones sino por los resultados de sus acciones. Así, los más alabados son los fundadores de religiones; luego los fundadores de reinos o repúblicas; enseguida, los jefes de ejércitos que han agregado nuevos territorios a sus países; y finalmente, los que han sobresalido en el cultivo de algún arte. Por el contrario, son infames y detestables quienes han extirpado religiones, quienes han subvertido reinos y repúblicas, y quienes son enemigos de la virtud y las artes. En todos estos casos, lo que se juzga son los efectos prácticos de las acciones. Y, por cierto, no podría ser de otra manera desde que, de acuerdo con la concepción maquiaveliana, no existen principios morales que guíen las acciones humanas.

Sin duda, un buen príncipe es “un príncipe reinando seguramente sobre súbditos no menos seguros en un mundo repleto de paz y justicia” donde todos son “libres de sostener y defender sus propias opiniones”. Pero cuando toda esa felicidad no es posible, el gobernante debe cuidar de lo que es esencial para la existencia del estado: su seguridad, poder y estabilidad. Y para lograr tales fines todo le está permitido.

¿Cuál es en definitiva, la mejor forma de gobierno para Maquiavelo? El sostiene explícitamente en el *Discurso 2* que es una “mezcla” de las tres formas buenas de la clasificación aristotélica: monarquía, aristocracia y democracia. En el *Discurso 9*, sin embargo, se hace evidente su predilección por la monarquía, y quizás incluso por la tiranía. En cualquier caso, creo que establecer claramente esto tiene una importancia muy secundaria en Ma-

quiavelo. Es cierto que él ha dedicado diez discursos a este tema clásico de la filosofía política. Pero lo verdaderamente importante es la nueva manera de analizar la política que él inaugura a través de su tratamiento de un tema tradicional con métodos y enfoques diametralmente opuestos a los tradicionales.

La vuelta al pasado maquiaveliana no tuvo, pues, la intención de restaurar el pasado, sino que fue un recurso para provocar una profunda innovación en la historia de la filosofía política.